

## *La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos*

Santos Juliá  
UNED

*Resumen:* En Madrid, en la calle del Prado y sus alrededores, se produjo, a partir de 1913, la toma de conciencia de numerosos intelectuales como miembros de una nueva generación con un programa político de reforma del Estado y de europeísmo en su inspiración desde el exterior. Su centro fue el Ateneo; su primera y masiva manifestación, el Teatro de la Comedia; su órgano de expresión, el semanario *España*. Mientras José Ortega, líder reconocido del grupo generacional, se mantuvo como director de la revista, la actitud mayoritaria de estos intelectuales consistió en una adhesión a la *Entente* sin, por ello, condenar a Alemania. Pero el curso de la guerra, la polémica con los germanófilos, el cambio en la dirección de *España* y el nuevo papel desempeñado por el Ateneo, transformaron esa neutralidad teñida de aliadofilia en una ferviente militancia antigermanófila.

*Palabras clave:* Primera Guerra Mundial, España, intelectuales, reformismo, aliadofilia.

*Abstract:* In Madrid, on Del Prado Street and its surroundings, was produced from 1913 an awareness of many intellectuals as members of a new generation with a political agenda of State reforms and Europeanism inspired from abroad. Its center was the Ateneo; its first massive manifestation, the Teatro de la Comedia; its way of expression, the weekly *España*. While José Ortega, the recognized leader of the generational group, remained as editor of the magazine, the majority of these intellectuals' attitude was the joining to the Entente without, however, condemning Germany. But the course of the war, the controversy with the Germanophiles, the change in *España's* editor and the

new role of the Ateneo transformed this Aliadophilia-tinged neutrality into a fervent Antigermanophilia militancy.

*Keywords:* First World War, Spain, intellectuals, reformism, «aliadophilia».

Cuando se escribe de intelectuales, el término que de inmediato viene al teclado es generación. Se diría que no van nunca los unos sin la otra. Y en descargo de historiadores, es preciso aclarar que ubicarlos por generaciones fue invención o descubrimiento de ellos mismos, de los intelectuales, no de quienes llegaron desde fuera como entomólogos dispuestos a clasificar las diversas variedades de esa nueva especie de escritores, profesionales y artistas que desde los últimos años del siglo XIX se identifican como tales. La cosa viene de antes, de cuando los escritores públicos no sabían aún que eran intelectuales: lo primero que a Manuel de la Revilla se le ocurre al tratar de Pedro Antonio de Alarcón es situarlo en una generación: «Allá por los años 1854 a 1855, cuando tras una revolución liliputiense el partido progresista hacía nuevo alarde de su candidez infantil [...] comenzaba a bullir una generación juvenil que había de ser fecunda en escritores de talento y había de dar no pocos soldados a las huestes de la democracia». E inmediatamente, como también será habitual, las notas que los identifican y las promesas de futuro que abren como tal generación: «Dedicados en su mayor parte a la vida bohemia, amantes casi todos de la libertad que por entonces aparecía asegurada, alegres, desenfadados y maleantes, aquellos jóvenes anunciaban un nuevo movimiento literario y político»<sup>1</sup>.

Revilla escribe en 1877, veinte años antes de que salgan a escena «los intelectuales», como ocurre también con Marcelino Menéndez Pelayo cuando se refiere a las dos generaciones u hornadas educadas por Sanz del Río, la de Canalejas y Castelar, y la de Salmerón, Giner, Federico de Castro y Tapia. Luego, será habitual identificar una generación racionalista y la que le precedió, como escribe Adolfo Posada, o bien una «generación que se va y otra que está llegando» como escribe en noviembre de 1897 un Joaquín Costa desesperado a un Rafael Altamira que le aconseja no matar la es-

<sup>1</sup> Manuel DE LA REVILLA: «Bocetos literarios. Don Pedro Antonio de Alarcón», *Revista Contemporánea*, 15 de septiembre de 1877.

peranza. En fin, y acercándonos ya al escenario que nos interesa, Rubén Darío no dejará de advertir, en aquel Madrid de los primeros años del siglo XX, que exhalaba olores de descomposición, con tantas figuras decaídas o a punto de desaparecer, la presencia «en lo intelectual» de una «generación que se levanta», dentro de la cual señalaba a unos tipos valerosos que se habían atrevido a abrir en el castillo feudal una ventana por la que entraba un soplo que se sentía venir de fuera<sup>2</sup>.

Rubén Darío hablaba de la primera generación de intelectuales, la que Pío Baroja llamó «generación actual» atravesada por un «ansia inconcreta, un ideal sin forma, algo vago, indeterminado que solicita nuestra voluntad sin rumbo fijo». Nosotros, escribía Baroja, «sabemos que debemos hacer algo y no sabemos qué; sabemos que hay una luz pero no sabemos dónde»<sup>3</sup>. Por eso, y como vio Miquel dels Sants Oliver, la nota común de las letras castellanas de aquel período consistió en una interminable elegía. La lírica, la novela, la miscelánea, el alto periodismo, «se resumen en un coro solemne, un inmenso adiós, un canto de añoranza, una despedida dolorosa» de la ausente que es la España pretérita, como un escogido representante de la «nueva generación», José María Salaverría, repite en 1907 con su *Vieja España*. Oliver pensaba que aquella reacción españolista tenía mucho de ingerencia extranjera, de un contagio o inoculación que la juventud de fin de siglo debía a los escritores hispanizantes, a la búsqueda de lo exótico, lo pasional, lo romántico<sup>4</sup>.

Era de esperar que, entre los jóvenes que habían tenido ocasión de escuchar, leer y tratar a los literatos que en los primeros años del siglo se identificaron en sus manifiestos como «la juventud», surgiera muy pronto la conciencia de formar parte de otra, más nueva,

---

<sup>2</sup> Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. 2, Madrid, BAC, 1956, p. 1096; Adolfo POSADA: «Los fundamentos psicológicos de la educación según el Dr. González Serrano», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 15 de enero de 1892, p. 4, y Joaquín Costa a Rafael Altamira, en George J. G. CHEYNE: *El renacimiento ideal. Epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992, pp. 98-99 y 102-109. En fin, Rubén DARÍO: «Madrid», en *España contemporánea* [1901], Barcelona, Lumen, 1987, pp. 45-46.

<sup>3</sup> Pío BAROJA: «Galdós vidente», *El País*, 31 de enero de 1901.

<sup>4</sup> Miguel DE LOS SANTOS OLIVER: «La elegía castellana», *La Vanguardia*, 7 de diciembre de 1907.

generación. Entre los primeros que expresaron esa conciencia se contaba un ya no tan joven Manuel Azaña, nacido en Alcalá de Henares en 1880, letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado desde 1910. Cuando se presentó el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá para hablar del omnipresente problema español, Azaña se identificó como miembro de la «generación que está llegando ahora a la vida pública, que ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación». Era la misma generación que, como había dicho Ortega unos meses antes, había abierto los ojos a la curiosidad razonadora al tiempo de la gran caída de las hojas de la leyenda patria, una generación, según un apunte de Azaña, que había «recibido en su corazón el sello candente de la desgracia en una edad en que las impresiones son muy profundas y que una vez recibidas no se borran ya»<sup>5</sup>. Los dos, Azaña y Ortega, se habían inscrito como socios del Ateneo de Madrid poco antes de que Joaquín Costa fustigara con su voz *tronituyente* y su gesticulación desgarrada, como queriendo hundir su pecho a golpes, a sus oyentes lanzando sobre sus cabezas toda clase de improperios. En el Ateneo abrieron los ojos y allí fue donde escucharon por vez primera que el futuro de España era Europa. Lo recordaba Azaña en su conferencia, cuando proponía a los socialistas de Alcalá el retorno a la corriente general de la civilización europea; y lo recordaba Ortega en Bilbao cuando, evocando a Costa, decía a los socios de la sociedad El Sitio que regenerar España consistía en europeizarla: «Dolerse de España es ya querer ser Europa», repetirá el mismo Ortega, cuando evoque, con ocasión de su muerte, todo lo que él y su generación debían a Costa<sup>6</sup>.

Por aquel sello candente de la desgracia o por aquella apertura de ojos a la caída de las hojas de la leyenda patria, Azaña y Ortega y todos los jóvenes que se inscribieron como socios en el Ateneo de Madrid en los primeros años del siglo XX bien pudieron haber pasado a la historia como generación de 1898, tal como el mismo Ortega, para distinguirla de «la generación de escritores que comenzó

---

<sup>5</sup> José Ortega y Gasset, carta a Miguel de Unamuno [Madrid, 1904], *Epistolaria completo Ortega-Unamuno*, edición de Laureano ROBLES, Madrid, El Arquero, 1987, p. 33.

<sup>6</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET: «La pedagogía social como programa político», *Europa*, 20 de marzo de 1910, y «La herencia viva de Costa», *El Imparcial*, 25 de marzo de 1911.

quince años hace a influir sobre la raza», la había identificado a comienzos de 1913, cuando escribió que quienes en esos momentos llegaban «a la mitad del camino de sus vidas sólo habían vivido una fecha histórica: 1898»<sup>7</sup>. Pero el «hurto con disimulo» de ese invento perpetrado por Azorín dos días después dejó sin un número del que colgarse a los miembros de aquella generación que, a falta de otra fecha memorable, decidieron identificarse con el viejo marbete de «nueva»: y pues los mayores no les dejaban ser la generación de 1898, los más jóvenes serán, como siempre, la «nueva generación». En efecto, si a la generación de 1898, como Azorín establecerá con perdurable éxito, pertenecían, además de él, Valle Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu y Rubén (una generación con «escala cerrada y amortización de vacantes», escribirá años después Manuel Azaña), entonces los nacidos en la década de 1880 —Azaña y Pérez de Ayala (1880), Ortega (1883), Arquistáin (1886), Marañón (1887)— no pertenecían a ella; más aún, parte del proceso de su toma de conciencia como intelectuales de una «nueva generación» consistió precisamente en hacer público todo lo que separaba a quienes eran muy jóvenes cuando el 98 de sus inmediatos predecesores, tarea que les resultó relativamente sencilla porque los conocían de cerca y sabían muy bien de qué pie cojeaban: como ya lo había escrito Manuel Azaña, era menester precaverse de los iconoclastas dispuestos a pulverizar las estatuas para ocupar ellos mismos las hornacinas o, como escribió Ortega a propósito de Baroja: está muy bien incendiar la casa del padre, a condición de no salir luego corriendo a campo través<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> En «Un libro de Pío Baroja», *La Prensa*, 13 de septiembre de 1912, Ortega identifica como miembros de una misma generación, con Baroja, a Unamuno, Benavente, Valle Inclán, Azorín y Maeztu. En «Competencia», *El Imparcial*, 8 de febrero de 1913, reclamaba la fecha de 1898 para su propia generación, la de Ortega, no la de Baroja.

<sup>8</sup> Lo del hurto es del estupendo artículo de Vicente CACHO: «Ortega y el espíritu del 98», *Revista de Occidente*, 48-49 (mayo de 1985), pp. 9-19. Lo cometió Azorín en la serie «La generación de 1898», *ABC*, 10, 13, 15 y 18 de febrero de 1913. Azaña habla de la «constitución oficial» de esa generación en «... Castillo famosos», *La Pluma*, enero de 1921. En «Vistazo a la obra de una juventud», *La Correspondencia de España*, 25 de septiembre de 1911, recomendaba precaverse de ella. Entre los muchos ensayos sobre la diferencia de la generación del 98 y la nueva, destaca Pedro CERESO: «De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y del 14», en *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, t. 39, vol. 1, Madrid, Espasa Calpe, 1994, pp. 133-456.

## En la calle del Prado, número 21

Con ser fascinantes los pormenores de la autoconstitución como nueva de esta generación, bastará señalar que tal vez nunca hubiera resultado lo mismo si la mayor parte de quienes comenzaron a identificarse como sus miembros no hubieran coincidido en un espacio de tanto intercambio político/intelectual como el Ateneo de Madrid, ya asentado en la calle del Prado, número 21, a un tiro de piedra del Congreso de los Diputados y muy cerca de los teatros y de los cafés que acogían conferencias y tertulias en que andaban mezclados literatos, políticos y otras gentes de dudoso vivir. Y no porque, en las elecciones a junta directiva celebradas en febrero de este mismo año de 1913, Manuel Azaña se alzara con la secretaría primera, sino porque, en la misma candidatura, Ramón Pérez de Ayala ocupó el puesto de bibliotecario y Rafael Sánchez Ocaña y Juan Donoso Cortés las secretarías segunda y tercera y, sobre todo, porque, entrada la nueva junta, a José Ortega se encomendó la presidencia de la sección de Filosofía, creada para él. Antonio Dubois, Salvador de Madariaga, Enrique Díez-Canedo, Pedro Salinas, Mateo Carreras, Antonio Ballesteros, Elías Tormo, Juan Lafora, Miguel Salvador, Honorato de Castro, la mayoría nacidos en la década de 1880, año más, año menos, ocuparon las presidencias y secretarías de las secciones de Ciencias Morales y Políticas, de Literatura, de Música y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Ciencias Históricas y de Bellas Artes. El Ateneo, dirá Azaña en su primera rendición de cuentas como secretario, «está en auge, creciente el número de socios, en alza los ingresos, rebosante de lectores la Biblioteca, intensos y acalorados los debates, muy copioso el raudal de conferencias». En todo veía el secretario, «un vigor y un empuje nuevos»: «Está en ciernes el Ateneo del porvenir, y habéis de formarlo vosotros, los hombres nuevos, al mismo tiempo que rehacéis la fisonomía cultural de España»<sup>9</sup>.

Lo interesante del caso fue que a este anuncio de plenitud cultural se añadió de inmediato una vocación de intervención política:

---

<sup>9</sup> Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, *Lista de Señores Socios, Marzo de 1914*, Madrid, Impr. de la Sucursal de M. Minuesa de los Ríos, 1914, pp. 3-13, y Manuel AZAÑA: «Memoria leída en la Junta general del Ateneo de Madrid» (11 de noviembre de 1913), en *Obras Completas*, edición de Santos JULIÁ, vol. 1, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 210.

nacidos en una España recogida sobre sí misma, llegados a la juventud escuchando por doquier el llanto sobre la muerte de la nación, los jóvenes universitarios, llevados por lo que Araquistáin llamará «espíritu emigratorio», dirigieron sus pasos al extranjero, buscando «distancia para ver con mayor claridad, recortada en la lejanía, a España», y regresaron impregnados de un espíritu de misión, como romeros del ideal, según los veía Fernando de los Ríos (1879), cuando recordaba mucho después en México la impresión que, apenas rebasados sus veinte años, le había causado aquella «enorme derrota» de 1898<sup>10</sup>. Algo era preciso hacer para colmar el abismo abierto entre España y las naciones en las que tuvieron oportunidad de ampliar sus conocimientos. Debían, ante todo, mostrar su competencia en el ejercicio de sus respectivas profesiones y, luego, participar en las iniciativas de pedagogía social que ateneos, clubs, casas del pueblo, escuelas nuevas, pusieron en marcha hacia 1910 para elevar el nivel educativo de tantas gentes a las que sus predecesores habían contemplado, y despreciado, como masas amorfas e inertes, necesitadas de látigo, y a las que ellos veían como una nueva clase obrera, amenazante desde los extrarradios, pero que buscaba elevar su nivel de vida y de cultura en todos los órdenes y que portaba un proyecto de organización social: el socialismo.

Esas experiencias comunes forjaron entre la gente nueva una idea de Europa como un compendio de todo lo que, por su ausencia, había sido causa de la decadencia y del desastre de España; en resumidas cuentas: ciencia y moral de Alemania, libertad y democracia de Francia, educación y *self-government* de Inglaterra. Fruto de esta síntesis fue su adhesión a un liberalismo social que les llevará a abrazar la causa de la reforma y europeización de España. En lo primero, constituyó un auténtico acontecimiento el banquete ofrecido a Melquíades Álvarez en el hotel Palace, ese «primer gran toque de trompeta del Madrid moderno»<sup>11</sup>, situado a doscientos metros escasos del Ateneo, el 23 de octubre de 1913 con asistencia de aquella «enorme legión de jóvenes y de gente moderna que

---

<sup>10</sup> Luis ARAQUISTÁIN: «La nueva generación», *España*, 29 de julio de 1915; Fernando DE LOS RÍOS: «El renacimiento intelectual español en 1900» (México, diciembre de 1928), en *Obras completas*, edición de Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA, vol. III, Madrid, Fundación Caja Madrid y Anthropos, 1997, p. 278.

<sup>11</sup> Como dice Josep Maria DE SAGARRA, que llegó a Madrid en octubre de 1916 y de sus impresiones de la ciudad, sus gentes y del Ateneo que frecuentó dejó en sus *Memorias* (Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 709-831) una auténtica joya.

no rendían culto a la forma, pero a quienes les parece enteco y pobre vuestro liberalismo y que quieren reformas hondas, progresivas», a la que se había referido el líder del nuevo Partido Reformista en un reciente debate parlamentario<sup>12</sup>. Pocos días antes del banquete, también en octubre de este mismo *annus mirabilis* de la intelectualidad madrileña o residente en Madrid, había comenzado a circular el *Prospecto de la Liga de Educación Política Española*, un manifiesto firmado, según comentaba *El Socialista*, por «varios jóvenes ilustres, la mayoría de ellos buenos amigos de cuantos trabajamos en esta redacción»: José Ortega, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, El Marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, Constancio Bernaldo de Quirós y Agustín Viñuales. Cuando salió por vez primera a la calle, el *Prospecto* incluía un párrafo que añadía a la demoleadora crítica de los partidos del turno, liberal y conservador, una especie de bienvenida a un «partido nuevo, llamado reformismo [...] leva general a que han de acudir las fuerzas hasta ahora no ensayadas, conservando en la nueva unión cada cual su fisonomía». Los nueve firmantes veían en aquel partido, por la pluma de Ortega, «la única salida que hoy se abre a quienes pretendan hacer usos nuevos dentro del régimen político»<sup>13</sup>.

Nueva la generación, nuevo el partido, nuevos los usos dentro del régimen, nueva la unión: todo sonaba a nuevo en la iniciativa de fundar esta liga de educación política que rápidamente recibirá la adhesión fervorosa de una pléyade de gentes nuevas, de Madrid, desde luego, pero también de provincias, como entonces se decía. «Cuenta con todo mi entusiasmo», respondía Antonio Machado, que no era precisamente uno de los nuevos, el 21 de octubre a la invitación de Manuel García Morente para que se adhiriera al escrito, y desde Baeza enviaba su más cordial saludo al «joven maestro», cuyos pensamientos y rasgos de estilo había percibido en el escrito. Y con Machado, decenas de entusiastas: es impresionante la

<sup>12</sup> La cita de ÁLVAREZ en *Diario de Sesiones de las Cortes*, 3 de junio de 1913, p. 6290. Para el banquete, Manuel SUÁREZ CORTINA: *El reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

<sup>13</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas*, t. I, 1902-1915, Madrid, Taurus, 2004, pp. 985-986. Algunos fragmentos de esta referencia al reformismo aparecieron en «Liga de Educación Política Española», *El Socialista*, 19 de octubre de 1913, que informaba de su difusión y terminaba su comentario con un «¡No por Dios, jóvenes de la Liga! ¡Todo menos melquiadistas!».

lista de socios que aparecerá en la presentación oficial de la Liga, cuando José Ortega pronuncie con aquella voz que «daba vuelo al encanto de su palabra», y ante una fervorosa multitud congregada el 23 de marzo de 1914 en el Teatro de la Comedia de Madrid —en la calle del Príncipe, bocacalle de la del Prado— su resonante discurso, «siete cuartos de hora de elocución fácil y abundante en rasgos felices y frases lapidarias», que bajo el título «Vieja y nueva política» servirá de acta de nacimiento de la nueva generación<sup>14</sup>. La conferencia una vez pronunciada, y reimpresso de nuevo el *Prospecto* a modo de apéndice, con el añadido de decenas de nuevas firmas y la supresión de la referencia al reformismo, los más destacados artífices de la iniciativa decidieron no ya «pisar los linderos del partido de don Melquíades», como temían sus amigos socialistas, sino incorporarse a él por arriba, pasando de inmediato a formar parte de su Junta Nacional, reunida por vez primera el 29 de abril de 1914, con la presencia, entre senadores y diputados y exsenadores y exdiputados, de un buen puñado de socios que se reunían habitualmente en el Ateneo: Ortega y García Morente, Azaña y Onís, Barcia y Sánchez Ocaña, la nueva generación, la que habría de encargarse, después de tantas tentativas fracasadas, de europeizar España.

### Estricta neutralidad

Reforma y europeización de España: tal era en resumidas cuentas el programa político de la nueva generación; liga de educación política como plataforma desde la que una minoría entusiasta de intelectuales llegaría a las masas: tal era el instrumento ideado para alcanzar aquel ambicioso objetivo. Y así estaban las cosas cuando a la euforia y los entusiasmos de la leva general que llena la crónica política desde el otoño de 1913 hasta la primavera de 1914, sucedió la declaración de guerra y la inmediata opción de España por la neutralidad. Aunque vinculado a Francia e Inglaterra por los acuerdos de 1907 y 1912, el gobierno presidido desde octubre de 1913 por

---

<sup>14</sup> De Antonio MACHADO, carta a Manuel García Morente, en *Prosas completas*, edición de Oreste MACRÌ, vol. II, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 1544. La voz, Ramón CARANDE, en su semblanza de Luis García Bilbao: *Galería de raros*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 79-81. Lo demás es de «La conferencia de Ortega y Gasset. Vieja y nueva política», *El Imparcial*, 24 de marzo de 1914.

el conservador Eduardo Dato no vaciló en enviar a la *Gaceta* una declaración en la que se decía: «Existente, por desgracia, el estado de guerra entre Austria, Hungría y Serbia, según comunicó por telégrafo el Embajador de España en Viena, el Gobierno de S. M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles»; declaración ratificada en los primeros días de agosto con idéntica retórica: «Declarada, por desgracia, la guerra entre Alemania, de un lado, y Rusia, Francia y el Reino Unido de Gran Bretaña, de otro, y existiendo el estado de guerra en Austria Hungría y Bélgica, el gobierno de S. M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles»<sup>15</sup>. Comenzaba una guerra grande para la que España, carente de recursos, se consideraba muy pequeña.

La orden de neutralidad impuesta a los súbditos de Su Majestad cerró las bocas pero no alcanzó a los corazones de la gente, ni a sus opiniones en voz baja, divididas de forma repentina entre francófilos y germanófilos, calificativos sólo comprensibles, según escribió Álvaro Alcalá Galiano, por haber prescindido la mayoría de Rusia, Serbia y Austria y entender la guerra en ciernes como un nuevo episodio del secular conflicto franco-alemán. En una nota de los primeros días de agosto, tras la declaración por Inglaterra de la guerra a Alemania, Antonio Machado apuntó: «Germanófilos y francófilos - Frascuelistas y lagartijistas», como una evidencia más de la tradicional división de la sociedad española en un par de opuestos. María Goyri en carta a su marido, de viaje por Argentina, le contaba el 6 de agosto que todos andaban «obsesionados por las noticias de la guerra y llenos de odio contra los alemanes» por la felonía cometida al invadir Bélgica y Holanda. Y el día 21, tras informarle del entusiasmo de Castillejo al contemplar el orden y la medida con que estaban procediendo los ingleses, añadía: «no hay más remedio que dar la razón a los germanófobos», y le confesaba no entender «por qué aquí las derechas se declaran germanófilas»<sup>16</sup>.

A pesar de estos primerizos brotes de francofilia y germanofilia, la sangre estaba lejos de llegar al río: metidos de años atrás en una

<sup>15</sup> *Gaceta de Madrid*, 30 de julio de 1914, p. 238, y 7 de agosto de 1914, p. 308.

<sup>16</sup> Álvaro ALCALÁ GALIANO: *España ante el conflicto europeo, 1914-1915*, Madrid, s. n., 1916, p. 22; Antonio MACHADO: *Prosas*, p. 1172, y María Goyri a Ramón Menéndez Pidal, 6 de agosto de 1914, *Epistolario de José Castillejo*, vol. III, *Fatalidad y porvenir, 1913-1937* Madrid, Castalia, 1999, p. 168.

guerra indeseada e incomprensible, con algún nuevo desastre en su cuenta y sin horizonte de pacificación a la vista, lo último que podían desear los españoles era verse arrastrados a una nueva conflagración, no ya en Maruecos sino en el corazón de aquella Europa soñada como remedio de los males de España. Sin duda, el gobierno español hacía saber de inmediato que su neutralidad sería favorable a la *entente* franco-británica, a la que suministró materias primas y productos manufacturados. Pero, como escribió Romanones en artículo anónimo, hay «neutralidades que matan»<sup>17</sup>. Lo que ésta mató fue la oportunidad de dar el salto que hubiera situado a España en el gran escenario donde se debatían las cuestiones que configurarían el mundo futuro. España prefirió recogerse otra vez en lo que Ortega llamó la cómoda, grata, dulce neutralidad: «¿Seguirá pareciéndonos una política? ¿Nos parecerá siquiera una política?» se pregunta retóricamente el joven maestro. No se lo parecerá tampoco a Manuel Azaña, para quien la posición de España estaba lejos de alcanzar el rango de «una neutralidad libre, declarada por el Gobierno y aceptada por la opinión después de un maduro examen de todas las conveniencias nacionales». Era, por el contrario, una «neutralidad forzosa, impuesta por nuestra indefensión, por nuestra carencia absoluta de medios militares capaces de medirse con los ejércitos europeos»<sup>18</sup>.

Sin salir por el momento de este marco de neutralidad vivida como impotencia, los intelectuales de la nueva generación que habían creado la imagen ideal de España como una síntesis futura de las presentes virtudes europeas se atuvieron a la tesis de la neutralidad como el mal menor. La Junta Nacional del Partido Reformista, reunida el 20 de octubre, con asistencia de varios miembros destacados de la nueva generación, dio a conocer una nota oficiosa en la que afirmaba que España, por varios motivos, algunos de ellos dolorosos, «no puede ni debe en modo alguno quebrantar su neutralidad», aunque advertía que «la neutralidad no ha de ser la inercia, sino todo lo contrario», entendiéndolo por lo contrario, en primer lugar, el deber de no ocultar los riesgos, pues podría darse el caso de que algún día «nos viésemos obligados a salir de la neutralidad, so

<sup>17</sup> Lo recuerda en *Notas de una vida*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 379.

<sup>18</sup> José ORTEGA Y GASSET: «Política de neutralidad. La camisa roja», *España*, 29 de enero de 1915; Manuel AZAÑA: «Los motivos de la germanofilia», en *Obras Completas*, vol. 1, p. 295.

pena de llegar a una situación que fuese la ruina de la nacionalidad española»; y, además, el deber de no confundir la neutralidad oficial con la indeferencia de la opinión pública. Dicho en modo positivo: había que preparar al país y no mantenerlo en un estado de peligrosa inconsciencia y, lo que era más importante, exteriorizar por todos los medios las calurosas simpatías del Partido Reformista hacia las naciones aliadas defensoras de la libertad, «dándolas todo el apoyo moral que merecen en esta contienda»<sup>19</sup>.

Pero esas calurosas simpatías, ese apoyo moral a las naciones aliadas no acababan de encontrar el cauce adecuado para su manifestación. Mientras tanques y cañones arrasaban Europa, la Liga de Educación Política, que tantos entusiasmos había despertado, no daba señales de vida. De hecho, las campañas de propaganda que se prometían en provincias no llegaron siquiera a comenzar y de las reuniones de quienes habían enviado su adhesión nunca más se supo. Y las juntas nacionales del Partido Reformista pronto languidecieron ante el escepticismo y el disgusto de la gente nueva por la inclinación que mostraba su líder, cuenta tenida de los malos resultados de las elecciones de marzo, hacia el Partido Liberal, única vía para abrir más amplio el camino hacia el Congreso de los Diputados. Sin liga y con un partido a medio gas, a los intelectuales de la nueva generación les quedaba aún un medio que probar, una publicación periódica, una revista que moviera la opinión. Y así fue como un dinero procedente de una herencia, que en la hora de los entusiasmos Luis García Bilbao había puesto a disposición del joven maestro, sirvió para lanzar desde principios de 1915, a medio año ya de la declaración de neutralidad, un semanario que diera cuenta de la vida nacional bajo el mismo nombre que concentraba todos los dolores, *España*, y que «nacido del enojo y la esperanza», veía la luz en enero de 1915 un poco más arriba, conforme se sube de la plaza de las Cortes, de la misma calle a la que todos ellos habían dirigido sus pasos desde que Joaquín Costa denunció como oligarquía y caciquismo el sistema de la Restauración y lanzó su consigna de reconstitución y europeización de España, o sea, la calle del Prado, ahora en el número 11, a un paso del Ateneo.

---

<sup>19</sup> «Partido Reformista. Nota oficiosa», íntegramente publicada por *ABC* o *El Liberal*, 21 de octubre de 1914.

## ¿Todos germanófilos?

Y fue en la revista *España* donde dejó traslucir el joven maestro las razones que incitaban a una posición de aliadofilia *ma non troppo* a un sector de la nueva generación, la que debía su moral reformadora a Alemania. Meses antes, en agosto de 1914, Francisco Giner de los Ríos, muy viejito ya, había escrito a Ortega «excitándole a una manifestación de agradecimiento a la c[iencia] y la cultura alemanas de todos los que tenemos obligación de declarar lo mucho que le debemos»<sup>20</sup>. Ortega se guardó muy mucho de convocar manifestación alguna, ni de definirse personalmente en relación con las naciones en guerra: «Entre la neutralidad tal y como la piensa Dato y la política de aliarse a uno de los bandos beligerantes hay una situación intermedia, que es la única seria y digna», escribió en marzo de 1915, sin especificar. Las razones y el contenido de esta especie de tercera vía quedaron claras poco después, cuando en octubre informó a los lectores de *España* que había recibido en abril la visita de Maurice Wilmotte, «profesor belga adscrito hoy a la Sorbona», como lo presenta Ortega, que dice no haber vacilado ni un momento en expresarle su deseo de que la victoria favoreciese a los «franco-anglo-belgas». Wilmotte le pidió entonces que declarase «bárbaros» a los alemanes y reconociera la superioridad de la cultura francesa. A esas urgencias respondió el joven maestro mostrando al maduro profesor su opinión totalmente opuesta: él no podía reconocer que la cultura alemana fuera en modo alguno inferior a la francesa<sup>21</sup>. Y es que Ortega, como todos los liberales españoles, desde la época de Sanz del Río, «eran hijos de Alemania, por la filosofía, las ciencias jurídicas, la pedagogía, la historia, la lingüística, los métodos experimentales, la medicina», según la explicación ofrecida por Rafael Altamira a los colegas franceses para que entendieran por qué una gran parte de españoles, durante cierto tiempo después del estallido de las hostilidades, no habían sabido a qué

---

<sup>20</sup> Giner, desde San Rafael, a Castillejo, 25 de agosto de 1914, en *Epistolario de José Castillejo*, vol. III, pp. 177-178. Supongo de la C<sup>a</sup> del original es abreviatura por ciencia.

<sup>21</sup> Sin firma, «Política de neutralidad. II. Alma de purgatorio», *España*, 5 de marzo de 1915, y José ORTEGA Y GASSET: «Una manera de pensar. II», *España*, 14 de octubre de 1915.

carta quedarse y habían permanecido en silencio, dando la impresión de ser todos ellos germanófilos, sin serlo en el sentido que de inmediato adquirió ese adjetivo<sup>22</sup>.

Wilmotte pasó, por lo visto, un mal rato charlando con Ortega, y se lo hizo pasar al presidente del Ateneo, Rafael María de Labra, cuando el secretario, Manuel Azaña, reunió a la junta directiva para tratar de una posible conferencia del profesor belga, a la que Labra se oponía porque «peligraba la neutralidad del Ateneo». Azaña, que no sabía defender una posición sin cierta violencia, como les ocurre por lo general a los tímidos, expuso las poderosas razones para acceder al deseo del belga y, no contento con ganar la aprobación de la Junta, se encargó él mismo de presentar al conferenciante. Fue la primera ocasión en la que el secretario del Ateneo, que no se contaba entre los hijos espirituales de Alemania y sentía más a Francia como patria de la libertad y la cultura, se expresaba públicamente sobre la guerra, pronunciando «un breve y sentido discurso que fue muy aplaudido» o, en palabras de Azaña, «una arenga en pro de Bélgica, que fue aplaudidísima mientras Labra se pasaba la mano por la calva y bajaba la cabeza, muy descontento». Muy aplaudido o aplaudidísimo, es claro que en la base del Ateneo, la gente nueva gustaba, cuando se trataba de la guerra, más de arengas que de discursos, más aún si eran a favor de Bélgica o Francia, aunque la política oficial de la docta casa, no muy lejos de la posición adoptada por Ortega como director del semanario *España*, no pasaba de la estricta neutralidad<sup>23</sup>.

Actitud esta que, con el curso tomado por la guerra, se teñirá progresivamente de aliadófila sin, por eso, mostrarse germanófoba: ésa era, al parecer, la única posibilidad de que un manifiesto elaborado con la participación de jóvenes ateneístas recabara con éxito la firma de los consagrados. Azaña ha contado los pormenores de su lenta elaboración: al tenerse noticia del manifiesto de los noventa y tres profesores alemanes, Luis Simarro «quiso escribir una respuesta que había de ir firmada por *notabilidades* españolas» y reunió varias veces en el Ateneo a diez o doce socios. Una noche les expuso el plan de su contestación al escrito de los alemanes que a Azaña le pareció muy bien pensado. Luego, nunca

<sup>22</sup> Rafael ALTAMIRA: «L'opinion espagnole et la Guerre», *Revue Internationale de l'Enseignement*, t. LXX, (1916), pp. 6-9.

<sup>23</sup> AZAÑA, «Diarios, Madrid, 1915», en *Obras Completas*, vol. 1, p. 757.

más se supo. Se decía que Simarro había tropezado con la negativa de unos notables que para este propósito no querían hacerse muy de notar: la política del silencio de que hablaba Altamira. En el Ateneo volvió a hablarse del asunto, no ya como respuesta a los alemanes sino como «manifestación de lo que piensan las gentes de alguna valía en España y para contrarrestar fuera de nuestro país la opinión de que aquí todo el mundo es germanófilo». Armando Palacio Valdés escribió un primer borrador, desechado por violento en exceso y finalmente Pérez de Ayala redactó otro que fue el que acabó publicándose como «Palabras de algunos españoles», no sin antes sufrir un periplo de correcciones y negativas. «¡Así va a quedar el pobre!», exclama Azaña antes de entregar el original a Gustavo Pittaluga, encargado de recoger la firma de Santiago Ramón y Cajal, que se mostraba muy reticente y que, por una cosa u otra, no firmó<sup>24</sup>.

¿Tan extendida estaba en 1915 la adhesión a Alemania como para que costara tanto trabajo recoger firmas en favor de los aliados? Al hispanista francés Alfred Morel-Fatio le parecía que en España existían hasta cuatro focos de germanofilia: el partido carlista o jaimista, una fracción del mundo intelectual, el ejército y el pequeño grupo de los que soñaban con una España más grande. Del mundo intelectual, llamaba la atención sobre la carta abierta de un germanófilo a un suizo alemán, firmada por Pío Baroja en *El Imparcial* para destacar que los adversarios políticos de Baroja admiraban en Alemania lo que a él le parecía detestable y detestaban lo que a Baroja parecía admirable; o sea, que la germanofilia de Baroja ocultaba en realidad una posición contraria a la germanofilia de los germanófilos, que resultaban ser los católicos, los mismos que —según recordará Altamira— habían expurgado los libros de texto de cualquier referencia a Kant, Goethe, Fichte, Hegel, Krause y demás. También se permitía dudar Morel-Fatio de que todo el ejército estuviera germanizado. En resumen, no le parecía que la opinión pública española fuera hostil a Francia y recomendaba, por tanto, a sus colegas no alzar la voz contra ella: bastaría con dejar que los hechos hablaran por sí solos para que los españoles llegaran por sí mismos a reconocer de qué lado estaban los campeones del derecho, de la justicia y de la libertad de los pueblos<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 756.

<sup>25</sup> Alfred MOREL-FATIO: «L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle», *Le*

Lo cual no obstaba para que hasta ese momento el único manifiesto de intelectuales publicado en España fuera el firmado el 27 de noviembre de 1914 por unos «Amics de la unitat moral d'Europa», en el que se definía la terrible guerra «que hoy desgarrará el cuerpo de nuestra Europa» como una auténtica guerra civil. Morel-Fatio no erraba al pensar que este manifiesto predicaba un «humanismo muy nebuloso y confuso», no sólo en su versión francesa, como advertía, sino también en la original catalana y en la castellana publicada en *La Vanguardia* y reproducida dos meses y pico después en el semanario *España*, sin ningún relieve ni mayor comentario. Y ese humanismo «assez nuageux et amphigourique», que se pronunciaba por la restauración de un sentido de síntesis superior y de altruismo generoso capaz de suprimir el nefando principio de la completa destrucción del adversario, y que excluía el deseo de que uno de los contendientes triunfara si en su triunfo no estaba incluido el de la totalidad de la república europea, era precisamente el manto bajo el que se ocultaba una germanofilia que no quería reconocer su nombre<sup>26</sup>.

### Los aliadófilos levantan la voz

En Barcelona, unos «catalans dedicats als espirituals treballs de l'art, les lletres, la ciencia i la política» debieron de entenderlo así y, creyéndose obligados como «ciudadanos de la República universal del Espíritu y como hijos de Cataluña», se decidieron a «alçar la veu» en esta hora trágica de la historia del mundo para manifestar su convicción de que en «la guerra actual los supremos intereses de la justicia y la humanidad piden la victoria de los Estados de la Triple Inteligencia». Su amor era por Francia y por Inglaterra, y por Bélgica y por Serbia, aunque, insisten, especialmente por Francia, no por ninguna otra razón más que porque era «vecina de Cataluña por tierra y alma». Fue, salvo posible error u omisión, el primer ma-

---

*Correspondant*, 25 de enero de 1915, pp. 279-292, y Pío BAROJA: «De un germanófilo a un suizo alemán», *El Imparcial*, 29 de octubre de 1914.

<sup>26</sup> «Un documento. La Unidad de Europa», *La Vanguardia*, 1 de diciembre de 1914, y «Manifiesto de los Amigos de la Unidad Moral de Europa», *España*, 5 febrero de 1915. Para D'Ors y el manifiesto de estos «Amics», Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès, 2009, pp. 139-170.

nifiesto de intelectuales en el que de forma clara y directa se expresaba el deseo de un triunfo de la *entente* franco-británica, con singular olvido de Rusia, para nada mencionada en el manifiesto<sup>27</sup>.

Más tiempo se tomaron en Madrid, donde finalmente, en julio, transcurrido un año de guerra, vio la luz el manifiesto elaborado por Ramón Pérez de Ayala, pasado a la firma y «suscripto por un núcleo selecto de profesores, escritores y artistas», como ellos mismos se definían, «l'élite de la pensée espagnole» como los saludó el arqueólogo y prehistoriador francés Raymond Lantier. Y de la misma manera que en Barcelona se alzó la voz, en Madrid un grupo de intelectuales, que firmaban clasificados en profesores, compositores de música, pintores, escultores y decoradores y escritores, «levanta la voz para pronunciar nuestra palabra, con modestia y sobriedad, como españoles y como hombres». Una palabra destinada a que, en aquellos tiempos de gravedad profunda, no pareciera España «una nación sin eco en las entrañas del mundo». Todo eso para afirmar su solidaridad con «la causa de los aliados en cuanto representa los ideales de justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación», por donde empezaba a asomar una de las motivaciones que se volverá cada vez más fuerte y urgente en las siguientes tomas de posición: que el triunfo de los aliados convenía al interés político de España<sup>28</sup>.

Este movimiento impulsado por intelectuales del Ateneo que les llevó a matizar la estricta neutralidad con su expresa adhesión a los aliados ¿fue motivado por los intelectuales catalanes que habían respondido a los pregoneros de la amistad por la unidad moral de Europa con su afirmación de amor a Francia y su simpatía por la «Triple Inteligencia»? Es probable: el manifiesto de los catalanes apareció en *España* muy poco antes de que en el Ateneo de Madrid se recuperara la iniciativa abandonada por Luis Simarro y es seguro que allí se leía, y no pocas veces se escribía, todo lo que se enviaba a imprenta desde la misma calle, un poco más arriba: eran la misma gente. Y ambos manifiestos podrían servir de testimonio de la nece-

---

<sup>27</sup> «Manifest dels Catalans», *L'Esquella de la Torratxa*, 26 de marzo de 1915. En castellano, «Un manifiesto», *España*, 23 de abril de 1915.

<sup>28</sup> «Palabras de algunos españoles», *España*, 9 de julio de 1915. Raymond LANTIER destaca la presencia entre los firmantes de Azcárate, Valle-Inclán, Pérez Galdós, Rusiñol y Azorín para subrayar que había «hombres de todas las opiniones»: «L'attitude des intellectuels espagnols dans le conflit actuel», *Le Mercure de France*, 1 de enero de 1916, p. 46.

sidad sentida por todos sus firmantes de acabar con el letargo de la neutralidad que sólo había servido hasta el momento para el avance de la germanofilia. Salir de la neutralidad no porque la germanofilia mereciera ser combatida en sí misma, sino porque con ella se defendían los intereses del sistema político español, caracterizado por su absolutismo, su militarismo, su clericalismo, a la par que se cerraban las puertas a cualquier reforma.

Pero, a medida que transcurre el año 1915, manifestarse por el triunfo de las naciones aliadas se entendió, tanto en Barcelona como en Madrid, como un paso necesario para plantear lo que de verdad importaba, cuestiones de política interior, de reforma y democratización del Estado, como si la germanofilia y la aliadofilia constituyeran una nueva manifestación de la secular guerra civil entablada por los españoles desde la invasión napoleónica. Y en este recurso retórico a la guerra civil, la generación del 98, la que mantenía el recuerdo de las guerras carlistas, llevaba la delantera. De «nuestra guerra civil» escribió un germanófilo muy especial, Pío Baroja, cuando veía, de un lado, a curas, militares, aristócratas, mauristas, jaimistas y, de otro, a republicanos, oradores, periodistas, artistas, que si en los primeros momentos se buscaban y discutían, luego se huían, buscando cada cual a los suyos. Y de guerra civil predicó Miguel de Unamuno, recién expulsado por Francisco Bergamín de su rectorado de Salamanca, durante toda la guerra, a todas horas y en todos los tonos, prevaleciendo en él, como de costumbre, el profético, o sea, el que fustigaba a sus oyentes con el propósito de que abandonaran la molicie y retornaran al camino de la virtud. Su ¡venga guerra civil! no habrá de entenderse, sin embargo, como una llamada a las armas, sino más bien como una fuerte sacudida a «esa cosa horrible que Menéndez y Pelayo llamó la democracia frai-luna española», a «la estúpida modorra de nuestras muertas villas españolas esteparías, con sus horribidos casinos»<sup>29</sup>.

Pero también los nuevos recurrieron ahora al tópico. Manuel Azaña, en el comienzo del año de 1917, al presentar a Whitney Warren a los socios del Ateneo, recordó la antigua sentencia: «el que no toma parte en la guerra civil es un enemigo público» para afirmar «la ilicitud moral de la abstención en la guerra». Lo mismo

---

<sup>29</sup> Pío BAROJA: «Nuestra guerra civil», en *Nuevo Tablado de Arlequín* [1917], *Obras Completas*, vol. 5, Madrid, Biblioteca Nueva, 1978, pp. 148-150, y Miguel DE UNAMUNO: «¡Ese público...!», *España*, 17 de febrero de 1916.

Luis Araquistáin, quien, desde el comienzo de su colaboración en la revista *España*, tuvo claro que la línea de acción futura debía consistir en llegar a la política nacional a través de la internacional; que estaba bien ser oficialmente neutrales, pero que, como ciudadanos, no sólo de España, de Europa, tenían el deber de no serlo. Propuso, pues, desde las páginas del semanario una declaración sobre los orígenes de la guerra y sobre cuáles podían ser sus resultados políticos, y muy pronto se subió a la prédica de Unamuno para propugnar que la sorda guerra civil sostenida en España entre dos fuerzas contrarias, izquierdas y derechas, liberales y conservadoras, progresivas y reaccionarias, no sólo debía ahondarse sino exteriorizarse. De la palabra a la acción, habría que organizar un acto serio de todas las izquierdas para «acabar con estas huestes de insurgentes que impiden el desenvolvimiento pacífico de España». Nuestro enemigo está dentro de casa, afirmaba Araquistáin; el enemigo, o sea «las hordas de alma teutónica»<sup>30</sup>.

Este Araquistáin, que por sus «aires y color de mortadela» le recordaba a Josep Maria Sagarra a un eclesiástico aragonés del tiempo de la guerra de Independencia, fue quien, desde comienzos de 1916, imprimió a la revista *España*, para la que consiguió una sustanciosa subvención británica, una clara militancia a favor de los aliados sostenida en una reiterada denuncia de quienes, ahora sí, se mostraban ya en declaraciones y manifiestos abiertamente germanófilos. *Amistad hispano germana* fue el título de un libro editado en Barcelona y prologado por Jacinto Benavente que reproducía en su primera página el breve manifiesto germanófilo de finales de 1915, seguido de cientos de firmas ordenadas por localidad de residencia. Lo que en los primeros meses de la Gran Guerra pudo parecer y luego definirse como una guerra civil de palabras<sup>31</sup>, desde principios de 1916, y al socaire de la nueva crisis política, el aumento de los precios por una inflación galopante, resultado a su vez de los pingües negocios ocasionados por la guerra, de la sucesión de pro-

---

<sup>30</sup> Manuel AZAÑA: «Presentación de Mr. Whitney Warren en el Ateneo» (10 de enero de 1917), en *Obras Completas*, vol. 1, p. 266; Luis ARAQUISTÁIN: «Política de neutralidad. Que España quiera vivir» y «La guerra civil», *España*, 19 de febrero y 25 de junio de 1915.

<sup>31</sup> A la que Gerald H. MEAKER dedicó un excelente estudio: «A civil war of words: The ideological impact of the First World War on Spain, 1914-18», en Hans A. SCHMITT, *Neutral Europe between war and revolution, 1917-23*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-66.

testas y huelgas con una llamada a la huelga general y la militancia pro aliada de los socialistas, y no en último lugar, de los ataques alemanes a mercantes españoles, llevaba el camino de convertirse en una guerra civil de puños, con «riñas a muerte entre familiares y amigos de toda la vida»<sup>32</sup>.

Ortega no estaba dispuesto a seguir a su semanario por el camino de la aliadofilia militante y voló literalmente a las alturas, esto es, dejó de aparecer por el Ateneo y por *España*, en el corazón de un Madrid que aún no había delimitado con empalizadas los campos político e intelectual sino que más bien había asegurado una fluida corriente entre ambos, y trasladó sus reales a los altos del Hipódromo, en el ensanche, donde la Residencia de Estudiantes, rodeada de campos yermos, le sirvió de observatorio al abrigo de la política o mejor de espaldas a ella, para emprender su nueva tarea: cansado de ser joven maestro se trasmutó en maduro espectador, lanzando una revista personal. En el Ateneo, mientras tanto, al nuevo tono de *España*, reforzado por la dirección de Araquistáin y las ilustraciones de Luis Bagaría, correspondió la consolidación de Manuel Azaña ejerciendo una especie de presidencia de hecho, debido a las frecuentes y largas ausencias de Rafael María de Labra y al prestigio ganado por sus conferencias, que lo convirtieron en «jefe de la tendencia izquierdista» que en aquella época regía en la administración del Ateneo, según recordaba la no siempre fiel memoria de un joven socio de derechas, Pedro Sainz Rodríguez<sup>33</sup>. La neutralidad estricta del presidente Labra quedó definitivamente desplazada por la militancia primero francófila y luego decididamente antigermanófila del secretario Azaña, pues, además de su presencia e intervenciones en los debates sobre la Gran Guerra convocados por el Ateneo, Azaña tomó parte muy activa, y se la hizo tomar a la docta casa, en la organización y el desarrollo de la visita de destacados intelectuales franceses a Madrid, recibidos el 30 de abril de 1916 en la estación de Atocha por una nutrida representación de socios, en su mayor parte miembros de la nueva generación. Y serán de nuevo el Ateneo y su secretario los que organicen el banquete ofrecido el 6 de mayo en el Palace a los intelectuales franceses ante quienes pronunció Azaña una encendida alocución en la que terminó proclamando en nom-

<sup>32</sup> Josep Maria DE SAGARRA: *Memorias*, p. 677, para las riñas en Barcelona, y p. 774, para Araquistáin.

<sup>33</sup> En *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 66-67.

bre de «gentes innumerables [...] nuestra fe en vuestra causa, nuestra fe en la victoria»<sup>34</sup>.

## Un «anti» no del gusto de todos

«Todas las loas son pocas para el Ateneo de Madrid», escribió el editorialista de *España*, o sea, Araquistáin, en su comentario a la visita de los académicos franceses. Y es que para el giro que a lo largo de 1916 tomaría la actitud de los intelectuales de la nueva generación iba a resultar clave la completa sintonía entre las oficinas de la calle del Prado, número 11, y el caserón de la calle del Prado, número 21. La renacida actividad de la germanofilia, expresada en la ya mentada *Amistad hispano germana* y en el manifiesto publicado en Barcelona por un Comité de Amigos de Germania, con Josep Maria Rosell y Pere Bosch Gimpera como primeras firmas, empujó esa sintonía entre *España* y Ateneo hacia la unidad de acción con el lanzamiento de una nueva liga que se presentará al público con un lenguaje muy diferente al de aquellas palabras empleadas por algunos españoles que levantaron la voz para expresar su adhesión a la causa de los aliados. El propósito de la nueva liga no consistirá en combatir a Alemania ni tampoco en prestar una ayuda moral a los aliados, sino en dar la «batalla a todas las fuerzas obscurantistas, a las heces del tiempo y de la historia, que han abandonado sus escondrijos en el curso de la guerra y se han agrupado aquí, en España, con el pretexto de una germanofilia vergonzante». La Liga Antigermanófila se concebía, por tanto, como «un instrumento de lucha civil, un órgano nuevo de la democracia y del liberalismo españoles», y será precisamente esta relación de la Liga con la política interior española, más que con la guerra exterior o la mera defensa moral de las potencias aliadas, lo que explica su carácter negativo, «ese anti» que, como se dice en la presentación de su primer manifiesto, «no ha sido del gusto de todos»<sup>35</sup>.

El propósito de movilizar, contar fuerzas, salir a la calle y plantar cara a los germanófilos estuvo también presente en la convo-

---

<sup>34</sup> «Alocución pronunciada en el banquete ofrecido en el Hotel Palace a los académicos franceses», en *Obras Completas*, vol. 1, p. 257.

<sup>35</sup> «Liga Antigermanófila. Manifiesto a los españoles», *España*, 18 de enero de 1917.

catoria de una comida para festejar en el Palace el segundo aniversario del nacimiento de *España*. Araquistáin está ahora en sus glorias, como Azaña, que regresa de su visita a los frentes de guerra cargado de ideas que expondrá a los socios del Ateneo en sendas conferencias sobre Reims y Verdún y los motivos de la germanofilia<sup>36</sup>. De la comida en el Palace fue invitado de lujo don Miguel de Unamuno, que Luis Bagaría, en un dibujo memorable, presentó como gigantesca lechuga negra con su garra «apretando el cráneo microcefalo de un troglodita germanófilo español», según rezaba la leyenda de la ilustración de cubierta<sup>37</sup>. A los postres, Unamuno se despachó a gusto, recreándose en el mito de la dos Españas, del que tal vez —dijo— sería preciso eliminar a una. Las emociones fueron profundas, las expectativas otra vez muy altas y las adhesiones muy cuantiosas, tanto que los redactores de *España* pidieron excusas por no disponer de espacio para dar cuenta de todas. Azaña, en función ahora de secretario del semanario, dio lectura a cartas enviadas por varias notabilidades, entre ellas, la de Melquíades Álvarez que excusaba su asistencia pero se unía a la causa.

Y esto ya rebasa la historia puramente intelectual para incidir de lleno en la historia política. El Partido Reformista, que había establecido su secretaría en la calle del Prado —¿dónde, si no?— número 8, decidió participar en esta creciente movilización intelectual que se preparaba para invadir, como una marea, la plaza de toros de Madrid. Los intelectuales, hasta ese momento, si eran maestros reconocidos, ocupaban las tribunas preparadas en salones de instituciones culturales, como el Ateneo, las Academias, el Círculo de Bellas Artes o la Residencia, entre otras muchas. Si el intelectual había alcanzado la altura de una estrella se atrevía incluso a alquilar un teatro, como fue el caso de Ortega en el de la Comedia y lo había sido el de Unamuno en multitud de ocasiones. Pero ¿una plaza de toros? ¿Un mitin en una plaza de toros convocado por una revista dirigida a minorías selectas? En ese espacio abierto al

---

<sup>36</sup> Para la redoblada acción política e intelectual de Azaña en este periodo, puede verse Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*, Madrid, Taurus, 2008, pp. 125-163, donde se da cuenta del contenido de estas conferencias.

<sup>37</sup> Un magnífico análisis de estas ilustraciones, Emilio MARCOS VILLALÓN: *Luis Bagaría, entre el arte y la política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 144, para esta lechuga y el troglodita.

sol y a todos los vientos sólo podían lidiar las grandes figuras de la política: Antonio Maura lo acababa de probar con éxito sobrado. Pero Araquistáin no era del tipo de gente que no responde a un reto con otro: si Maura se había atrevido, ¿por qué no *España*? Y fue *España*, con el apoyo expreso del Ateneo, la que se encargó de convocar un acto de afirmación antigermanófila, que era a la vez germen y promesa de la unión de todas las izquierdas, socialistas, republicanos y reformistas, marchando de nuevo de la mano en el común propósito de forzar la apertura de un periodo constituyente, o de reforma constitucional, para el Estado español. Había sido en el Círculo Reformista de Madrid donde se celebró el 15 de febrero la asamblea de constitución definitiva de la Liga Antigermanófila, con la elección del directorio formado por una mezcla de políticos e intelectuales de varias generaciones, con una notable presencia de la nueva. Y tomando pie en la Liga, *España* insistirá en la idea de una nueva coalición de izquierdas que por su origen y propósito recordaba a la del ¡Maura, No! de cuando la Semana Trágica. Y serán políticos reformistas, socialistas y republicanos acompañados por miembros de la junta directiva del Ateneo y de la redacción de *España* los que, el 27 de mayo de 1917, ocupen el palco presidencial de la Plaza de Toros de Madrid, repleta hasta la bandera por un público entusiasta, 25.000 personas, y al lado del nombre del vapor «Begoña», un gran cartel que decía: «Acordaos de los barcos hundidos y de las víctimas»: la expectación, sintetizaba *El Imparcial*, no ha sido defraudada<sup>38</sup>.

Las conferencias de Manuel Azaña en el Ateneo y el mitin de las izquierdas convocado por *España* en la plaza de toros podrían entenderse como momentos culminantes de un proceso iniciado en el otoño de 1913, cuando un grupo de intelectuales lanzó una Liga de Educación Política, desvanecida al primer retumbar de los cañones de guerra. Tres años después, los acontecimientos de julio y agosto de 1917 acabarán por desplazar a segundo plano a su sucesora y sustituta, la Liga Antigermanófila que no a todos había convencido por lo anti de su nombre. Y cuando la Gran Guerra llega a su fin «y la paz se alza ya sobre la línea del horizonte», *España*, con el apoyo de las gentes del Ateneo, publica «Un llamamiento» de cierta Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de

<sup>38</sup> «España ante la Guerra. El mitin de las izquierdas», *El Imparcial*, 28 de mayo de 1917.

Naciones Libres, donde habría de caber «todo hombre que fuera liberal y demócrata, independientemente de que esté afiliado a cualquier partido o a ninguno»<sup>39</sup>.

Todas las adhesiones a la nueva liga, de tan singular manera lanzada a la vida pública, debían dirigirse a nombre de D. Manuel Azaña, Unión Democrática Española, calle del Prado, 11, 2.º, Madrid.

---

<sup>39</sup> «Un llamamiento», *España*, 7 de noviembre de 1918.

# ESTUDIOS

